**Emilio Orozco, en la ciudad del arte y la literatura**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático, jubilado, de Lengua española

Don Emilio, hijo del siglo XX, desde joven ya tenía definidos los campos que con el tiempo centrarán su aportación intelectual: el Arte y la Literatura. Simultaneó sus estudios en el “Instituto Padre Suárez” con las clases de la Escuela de Artes y Oficios, donde se introdujo en la técnica del dibujo. Algo más tarde cursará la carrera de Letras. Ella reafirmó su vocación de crítico y de docente de la Literatura. En las aulas del Instituto primero, en las de la Universidad más tarde. Paralelamente tomó forma su propia obra escrita, en libros y estudios que son de referencia imprescindible.

Don Emilio escribió un libro sobre los bodegones de Sánchez Cotán, muestras del barroco granadino que se encuentran en el monasterio de La Cartuja. Allí estaba el famoso “cardo”, que después fue trasladado al museo de Bellas Artes en La Alhambra. Decía don Emilio en una especie de «mirada afín» que el bodegón de Sánchez Cotán era austero, no flamenco, al hilo de la literatura ascética española de la época. Y hace unos días me llamó al Museo del Prado para hablarme algo y claro del cordero de Zurbarán, como «bodegón místico».

En el Carmen de los mártires reza una leyenda que allí redacto san Juan de la Cruz los comentarios al cántico y otras obras suyas. Nos decía don Emilio que san Juan recitó las estrofas del Cántico: «Gocémonos, Amado,/ y vámonos a ver en tu hermosura/ al monte o al collado,/
do mana el agua pura; /entremos más adentro en la espesura». Las escribió en la cárcel, se las aprendió de memoria y se las recitaba a sor Ana de Jesús en el convento de Capitanía. Después subía al Carmen y redactaba los comentarios en el convento, que fue destruido como tantas cosas. En el monte escribió sus tratados “Cántico espiritual”, “La llama de amor viva”, “La subida del monte Carmelo” y “La noche oscura del alma”.

 Don Emilio intervino como asesor artístico en la reconstrucción del monasterio de san Jerónimo. Tuvo especial interés en la restauración del retablo del altar mayor. Decía que era un auto sacramental en madera policromada y se deshacía en elogio de la traza de Martínez Montañés en Granada. Con el tiempo, uno de sus discípulos, Germán Tejerizo, representó repetidas veces autos de Calderón: ‘La hidalga del Valle’, ‘el gran teatro del mundo’ con los que empezó su andadura la Compañía de Teatro Mira de Amescua en 1993 de la mano de Germán Tejerizo.

Don Emilio redactó una introducción a la obra “El jardín de las delicias” de Francisco Ayala. La amistad entre estos dos granadinos fue larga y tendida. Don Emilio le introdujo en la España de finales de la dictadura. Lo presentó en sociedad. Valoró siempre la buena literatura antes que las actitudes personales y la biografía de cada uno. Orozco pintaba cuadros, bocetos, retratos y bodegones. Hace un merecido y pormenorizado estudio de la impresión que le produjo a Ayala este cuadro de El Bosco. Una introducción de maestro. El maestro Ayala ha dejado aquí en la ciudad una fundación bastante valiosa. La ciudad también le ha correspondido.

A sus viajes por España y el extranjero -Italia, sobre todo- hay que unir un amplio abanico de iniciativas que siguen constituyendo una parte importante de nuestro legado cultural en un pasado no tan lejano. Cuando don Emilio atendía a la colocación de cuadros en el museo del Carlos V, le venía a la memoria el sonido del endecasílabo italiano. El endecasílabo es un [verso](https://es.wikipedia.org/wiki/Verso) de once [sílabas](https://es.wikipedia.org/wiki/S%C3%ADlaba) de origen [italiano](https://es.wikipedia.org/wiki/Renacimiento_italiano) que se adoptó en la poesía lírica española durante el primer tercio del [siglo XVI](https://es.wikipedia.org/wiki/Siglo_XVI), durante el [Renacimiento](https://es.wikipedia.org/wiki/Renacimiento), gracias al poeta toledano [Garcilaso de la Vega](https://es.wikipedia.org/wiki/Garcilaso_de_la_Vega), quien lo introdujo junto con su amigo [Juan Boscán](https://es.wikipedia.org/wiki/Juan_Bosc%C3%A1n), convencido en [Granada](https://es.wikipedia.org/wiki/Granada_%28Espa%C3%B1a%29) por el embajador veneciano [Andrea Navaggiero](https://es.wikipedia.org/wiki/Andrea_Navagiero) de que introdujese la métrica italiana en la castellana, tal y como declara Boscán en la carta "A la duquesa de Soma": «Porque estando un día en Granada con el Navagero (...) me dijo por qué no probaba en lengua castellana sonetos y otras artes de trovas usadas por los buenos autores de Italia».

Soto de Rojas hizo frecuentes viajes a Madrid, pero a partir de 1630 se retiró definitivamente a su [Carmen](https://es.wikipedia.org/wiki/Carmen_Granadino) de los Mascarones en el [Albaicín](https://es.wikipedia.org/wiki/Albaic%C3%ADn), que describirá más tarde en su lujuriante y sensitiva silva póstuma “Paraíso cerrado” (1652), y da a luz sus poemas más culteranos. Don Emilio ha comentado el paisaje y el sentimiento de la poesía barroca española, y cita mucho al granadino Soto de Rojas como exponente máximo de estas ideas.

Don Emilio fue un hombre dialogante, con un profundo sentido ético y moral. Identificado plenamente con su ciudad, en ella moría en 1987. Pero me acaba de llamar desde el Palacio de las columnas, donde es decano de la Facultad de Letras, en la calle Puentezuelas, para que en el sótano donde habitan los libros relea su manual “Lope y Góngora, frente a frente”.